

DESPERTAR LA MÍSTICA EN LA IGLESIA

En la historia de las religiones se dan cita dos tipos principales de espiritualidad. la interpersonal y la transpersonal. El autor del presente artículo los describe, muestra sus posibilidades y limitaciones y propugna una integración de los dos en el proceso de crecimiento espiritual.

Awaken the Mystic in the Church, Vidyajyoti 59 (1995) 815-821

En el cristianismo occidental se observa hoy una cierta fascinación por la herencia espiritual de Oriente. Este fenómeno se inició en el siglo pasado y está creciendo en popularidad. ¿Cuál puede ser la razón de esta fascinación por lo oriental? Por supuesto, pueden mencionarse factores socioculturales y religioso-psicológicos. Pero detrás de ellos hay una serie de elementos teológicos que reclaman un encuentro creativo entre oriente y occidente. Un examen minucioso de estos factores pondrá de manifiesto que, en último término, oriente y occidente se encuentran en el corazón de todos los creyentes, cristianos o no. La atracción del oriente es un impulso del Espíritu divino que sumerge en la profundidad de Dios.

El doble camino de la experiencia de Dios

Básicamente hay dos caminos de experiencia del misterio infinito de la realidad: el interpersonal y el transpersonal, ambos se pueden encontrar en toda tradición religiosa, con predominio de uno sobre el otro. Una reflexión sobre las características de uno y otro clarificará la dialéctica que les es inherente y la necesidad de integración de ambos enfoques en la espiritualidad.

I. Enfoque interpersonal. En el enfoque interpersonal la divinidad es experimentada como un Dios personal. Fruto de ello es el desarrollo de una relación interpersonal entre la persona y Dios, siguiendo el modelo del yo-tú. Dios -el "yo"- entra en relación de amor con el "tú" humano; la persona humana, consciente de su subjetividad, responde entregándose al "tú" divino. Este encuentro con la divinidad se expresa mediante símbolos como padre, madre, señor, rey, amigo y esposo. El principal medio de comunicación es la palabra: uno habla y el otro escucha. Hay una constante dialéctica entre la palabra solicitante y la entrega obediente. La desobediencia a la palabra y a la voluntad de Dios es un pecado.

Esta relación entre la persona humana y Dios encuentra su articulación en hechos: Dios entra en las vidas de las personas a través de acontecimientos, que son considerados salvíficos. La persona humana responde con actos que realizan la voluntad de Dios. Esta relación da lugar a una espiritualidad marcadamente ética y con dominio de la conciencia de pecado. La justicia se convierte en la preocupación central de la existencia. La relación interpersonal con Dios da lugar a comunidades con una sensibilidad aguda por las relaciones interpersonales. De forma inevitable la religión promueve la responsabilidad social y da lugar a comunidades salvíficas. Los creyentes se sienten unidos unos a otros en una comunidad espiritual, a través de la cual experimentan la presencia exigente y salvífica de Dios. A causa de los actos salvíficos

de Dios en el mundo, se desarrolla en la comunidad una determinada conciencia de la historia, que pasa a ser historia de la salvación. Se comprende la revelación de Dios como algo que tiene lugar en la historia y a través de la comunidad.

El hecho de que Dios sea experimentado como un tú personal, hace que las prácticas de piedad, las plegarias y los ritos jueguen un papel significativo en la práctica religiosa de los creyentes. De ahí que los lugares de culto tengan una gran influencia en la configuración de la vida religiosa de la comunidad, lo cual implica la introducción de un cierto dominio de los oficiantes. Las expresiones de religiosidad popular tienden a caracterizarse por rituales muy elaborados y por formas muy vistosas.

Otra consecuencia es la formación de estructuras comunitarias con oficios jerárquicos o con separación de clases. Determinadas personas u oficios se consideran mediaciones de la divinidad y son tenidos, por tanto, como instituciones sagradas que se sienten responsables de mantener unida a la comunidad en su fe original y de interpretar con autoridad los símbolos de la revelación personal de Dios. A los creyentes les ofrecen un sentido de seguridad y unidad, de continuidad y claridad respecto a su herencia religiosa. Adquirirán, pues, gran importancia las leyes y normas, los dogmas bien definidos y las rúbricas precisas.

Las relaciones interpersonales poseen siempre un cierto grado de exclusividad. La relación amorosa une al yo y al tú de forma tan íntima que amante y amado desarrollan un lenguaje de posesión y exclusividad. Esto también es válido en la relación interpersonal entre un Dios y el creyente apasionado. El fiel se siente cogido y transformado por el amor de Dios. Sobre esta experiencia él o ella tienden a construir pretensiones absolutas de experiencia espiritual: el único camino, la revelación final, la norma absoluta, etc., que tiene su validez en un contexto de experiencia intensa del amor de Dios manifestado de forma interpersonal, pero que pueden ser cuestionados cuando se convierten en norma *normans non normata* (norma que regula, pero no es regulada) para los creyentes de otras religiones. Cuando el lenguaje amoroso se reviste de dogmas normativos incluso para los que andan buscando fuera de la comunidad concreta de fe, entonces surge el fundamentalismo. Cuando una religión concreta considera su experiencia como criterio de todas las demás, tiende a la intolerancia, al autoritarismo e incluso a la opresión. Dogmatismo, ritualismo, legalismo y carácter estructural tienden a acabar con la verdadera matriz espiritual de la vida religiosa.

En estas situaciones de crisis, aparece en escena un profeta, que da forma a la ira divina, crítica las estructuras opresoras de la religión y exhorta a los creyentes a profundizar en su fe y a llevar una vida de compromiso con la justicia. El profeta articula la palabra salvífica de Dios dirigida a la comunidad y traslada a Dios las palabras con que los hombres responden.

2. *Enfoque transpersonal.* En este enfoque la divinidad es experimentada como misterio absoluto. Ningún símbolo de carácter personal puede realmente expresar el misterio inefable de lo divino. De ahí que haya que sobrepasar todos los nombres y formas en la búsqueda de Dios más allá de Dios. Símbolos transpersonales como fundamento del ser, profundidad de la existencia, silencio inefable, mismidad última de todo, pueden aparecer en el transcurso de la búsqueda interior. El *medium* en el que surge esta conciencia del misterio es el silencio contemplativo. La dinámica básica de esta

espiritualidad *apofática* (que guarda silencio) es ser transparente a la realidad divina. Ser opaco a la luz divina es pecado, es ignorancia de lo que uno es.

Ser transparente al fundamento divino es, en definitiva, un asunto de ser o no ser: la transformación de la conciencia que lleva a una percepción holística - como un todo- de la realidad. La espiritualidad tiene aquí una dimensión cósmica. Cuando la luz ilumina, uno ve lo divino en todas las cosas y todas las cosas en lo divino". El fruto de la iluminación es una visión holística de la realidad. El punto central de la existencia religiosa es la integración y la armonía con todos los seres. La causa de todo sufrimiento consiste en apartarse de la totalidad de la realidad, y lo que causa esta alienación es la actitud pasiva de la mente. Espiritualidad quiere decir progresiva liberación del egoísmo e inserción en la totalidad de la realidad, proceso que tiene lugar en lo hondo de la conciencia individual. La revelación de la divinidad tiene lugar a través de esta transformación de la conciencia de los individuos, que a su vez ayudan a otros en su camino hacia la autointegración

Puesto que la divinidad es experimentada como el fundamento transpersonal del ser, prácticas ascéticas, largas meditaciones y ansias de experiencias místicas tienen una gran importancia en la vida de los que buscan. Ermitas, centros de espiritualidad, monasterios y *ashrams* atraen a los que buscan la integración espiritual. Las experiencias de los maestros espirituales son comunicadas a los demás mediante formas de prácticas espirituales y un intenso estudio de las Escrituras y de los clásicos espirituales.

Mientras que el énfasis está puesto en la búsqueda de cada uno de los que buscan, hacerse uno con la divinidad y, consiguientemente, con todos los seres, las estructuras externas y las prácticas religiosas no se consideran normativas. De todos modos, los que buscan pueden seguir determinadas escuelas o adherirse a determinados maestros (*gurus*). Éstos son tenidos por mediadores del Inefable en la conciencia de los individuos. La relación entre maestro y discípulo puede evolucionar hacia una profunda amistad en la que el discípulo tiene un arraigado sentimiento de seguridad y claridad respecto a la senda que sigue. Ahora bien, un verdadero maestro espiritual no hará que su discípulo siga el camino que él siguió, sino que le animará a explorar lo inexplorable por sus propios medios.

El carácter místico de esta búsqueda espiritual se mantiene vivo constantemente por el sentido del Misterio. El individuo verdaderamente espiritual es consciente de la naturaleza fragmentaria de toda percepción de la Verdad. Hay una búsqueda constante de lo que hay detrás. Y en este proceso uno reconoce la tremenda pluralidad de vías hacia lo Divino. No hay ni religión absoluta ni experiencia religiosa de valor universal. El proceso de transparencia a lo Divino incluye

una infinita variedad de medios, expresada en una rica pluralidad de religiones, porque lo Divino está detrás de todas las religiones. Pero esto no debe llevar a una tolerancia ingenua, en el sentido de inexistencia de interacción crítica entre los buscadores de la verdad. El peligro consiste en la tendencia a dejar crecer toda forma de práctica religiosa sin preguntar si no hay, en algunas de ellas, elementos deshumanizadores, costumbres y prácticas explotadoras que pueden florecer junto a formas ennoblecedoras de culto y misticismo. Estas tendencias pueden encontrarse en todas las religiones.

En este momento aparece en escena el sabio místico, buscador apasionado de la Verdad, con una crítica constante de todos los símbolos concretos de lo Divino: cúltricos y teológicos, sociales y éticos. Él invita a permanecer alerta a la dimensión de misterio de la Divinidad. El místico acompaña a los que buscan y libera a cada individuo para experiencias cada vez más profundas.

Integración de los dos enfoques

Estos dos enfoques no se excluyen mutuamente. Son más bien dos polos que están relacionados dialécticamente en la evolución de una espiritualidad integrada. La dialéctica entre lo transpersonal y lo interpersonal, silencio y palabra, sabiduría y amor, ser y hacer, transparencia y entrega, contemplación y devoción, armonía y justicia, es el elemento constitutivo de la dinámica de una espiritualidad liberadora. En la evolución cultural concreta de una experiencia espiritual en una religión determinada, una dimensión puede dominar sobre la otra. En general, las religiones de origen semítico tienden a sobrevalorar la relación interpersonal entre la persona/comunidad y Dios, mientras que las religiones de origen indio se mueven en el ámbito de la experiencia transpersonal de la Divinidad. Y aunque siempre ha habido corrientes místicas en el judaísmo, en el cristianismo y en el Islam, los poderes dominantes, la teología y la autoridad, las tienen a raya por temor a una ruptura en la comunidad de los creyentes. También en el hinduismo y en el budismo se encuentran formas devocionales de entrega al Señor o movimientos proféticos de protesta, pero han estado subordinados a una visión superior, cósmica y mística, del mundo. Un diálogo creativo entre estos dos hemisferios espirituales promovería la integración de sus respectivos elementos dinámicos.

Pero volvamos ahora a la cuestión que planteábamos al comienzo del artículo: ¿Por qué esta fascinación por lo oriental? Durante siglos, la cristiandad occidental ha desarrollado demasiado unilateralmente una teología del logos a costa de una teosofía del espíritu. La búsqueda de claridad conceptual dominó sobre una percepción contemplativa del misterio divino. Las estructuras eclesiales de carácter político tuvieron sometida a la comunidad eclesial abierta a lo que el Espíritu comunica a la Iglesia. El dogmatismo bloqueó el proceso de sumergirse en la contemplación de la Trinidad. El ritualismo no dejó margen a expresiones creativas de devoción. La disciplina institucional puso límites a la maduración personal en la experiencia de la fe. Las actitudes legales supusieron una pesada carga para los peregrinos del Espíritu. Las estructuras sacerdotales ahogaron el dinamismo místico de la vida cristiana. Las autoridades sacerdotales no se enfrentaron a la crítica de un misticismo o al reto de un profeta por miedo a que explotaran las estructuras de seguridad... Y, sin embargo, el Espíritu divino está haciendo saltar constantemente las estructuras e invita a los que buscan a encontrar seguridad en la apertura radical a Dios- más allá-de-Dios.

El cristianismo actual se encuentra en una situación radicalmente nueva. El encuentro con la religiosidad mística oriental le ha llevado a tomar conciencia de que una religión sin profundidad mística no es religión, pues falla precisamente en vincular a los creyentes con la divinidad. En occidente, muchos creyentes han perdido su enraizamiento en los modelos tradicionales teológicos y litúrgicos de su Iglesia. Lo que buscan es una iniciación a la experiencia contemplativa de la divinidad. Teorías teológicas, enseñanzas éticas y ritos elaborados son incapaces de transformar una vida si

no se nutren constantemente de las corrientes ocultas de la experiencia mística. Tanto en la enseñanza y la predicación como en la plegaria las palabras que no hayan nacido laboriosamente del silencio contemplativo no llevarán la palabra de Dios al corazón de ¡agente. Las estructuras religiosas no pueden tocar el corazón de la vida si no están marcadas por la compasión. La ética sin percepción mística puede caer en formalismo. La liturgia sin silencio contemplativo puede acabar en puro ritualismo.

Lo que se reivindica en el cristianismo es revitalizar el elemento místico en la vida, el pensamiento y el culto de la Iglesia. Y si esto no se encuentra en círculos cristianos, se buscarán otras fuentes.

Una mayor familiaridad con los místicos del cristianismo (y de otras religiones), una mayor iniciación a la contemplación, un seguimiento disciplinado de la oración interior, una comprensión positiva y crítica de la herencia espiritual de otras religiones, una práctica integrada del ascetismo, una apertura genuina a ser co-peregrinos de la verdad con creyentes de otras religiones, una sensibilidad aguda de la justicia, todo esto debería tomar parte de una formación en la fe cristiana, especialmente entre los animadores espirituales de las comunidades cristianas.

No quisiera acabar sin recordar las palabras de despedida de Henry de Lubac a Jules Monchanin cuando éste partía para la India: "Repiensa todas las cosas a la luz de la teología, y repiensa la teología desde el misticismo, liberándola de todo lo accidental y recuperando, a través de la pura espiritualidad, lo esencial."

Tradujo y condensó: LLUÍS TUÑÍ